

Seguridad de Naciones Unidas. Pero Damasco, que en las primeras horas pone mala cara, está encantado con la decisión norteamericana. Tanto es así que, a los dos días, en función de la máxima «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» y a pesar de las declaraciones del Departamento de Estado americano («No estamos ayudando a El Asad»), la prensa y televisión oficiales sirias celebran las bombas de la coalición. Así, el oficialista *Al Watan* editorializa: «Washington y sus aliados están en las trincheras junto al ejército nacional», al tiempo que la televisión estatal difunde con fervor patriótico que los yanquis están de su lado. A la postre, «informan» a los lectores y televidentes de que EEUU ha llegado a idénticas conclusiones que el Gobierno sirio: los anti-Asad son terroristas.

Por supuesto, la reacción de los rebeldes anti-Asad, especialmente de los moderados (que, contra algunas opiniones, existen, aunque ignoro por cuánto tiempo), no se hizo esperar. Se trata de los combatientes a los que todo este tiempo Washington se ha negado a entregar armas por el temor de que pudieran llegar a elementos hostiles. Un portavoz oficial del Movimiento Hazm, moderado apoyado por Occidente, declaró: «Los bombardeos ayudan al régimen, que es la fuente del terrorismo. La coalición tiene que dar al pueblo sirio un apoyo auténtico para que podamos combatir tanto al EI como a El Asad». Pero todo lo que ha hecho hasta ahora la Administración Obama en relación con estos moderados es prometer ayuda y entrenamiento, algo que podría tardar meses en concretarse. EEUU se esfuerza en manifestar que no pretende cooperar con el dictador sirio, pero, a finales de septiembre, existían indicios de cooperación indirecta vía Iraq. Los americanos habrían pasado a Bagdad información acerca de los vuelos de sus drones sobre territorio controlado por el Estado Islámico, información que Bagdad habría facilitado a Damasco.

En todo este asunto hay todavía una paradoja de mayor trascendencia y es el viraje de un presidente Obama al que podríamos denominar «guerrero reticente» a otro Obama, entusiasta practicante de los poderes que tiene conferidos como «comandante en jefe». Dos significativas encuestas le habían empujado hacia esa «reticencia militar». Una es la llamada «Pew», de otoño de 2013, donde por primera vez desde 1964, la mayoría expresa que Washington debe ocuparse de sus propios asuntos internacionales y dejar al resto

que se las compongan como puedan, la otra (NYT/CBS, de junio de 2014), manifiesta la profunda preocupación de que una mayor implicación en Iraq pueda conducir a otro conflicto largo y costoso. El presidente oficializa su reticencia

Los asesinatos del Estado Islámico han provocado el viraje de un presidente Obama al que podríamos calificar como un "guerrero reticente" a otro Obama, entusiasta practicante de los poderes que tiene conferidos como "comandante en jefe".

cia militar, ante militares, en un discurso en la academia de West Point: «...Algunos de los errores más costosos que hemos cometido nacieron de nuestra ansia de aventurerismo militar... [atento Pablo Iglesias]... Hemos de añadir a nuestros instrumentos de acción exterior la diplomacia y la ayuda al desarrollo, las sanciones, la exhortación a cumplir con el derecho internacional y, sólo si fuera imprescindible y eficaz, la acción militar multilateral».

Esa posición del presidente suponía que EEUU abandonaba el concepto «nación indispensable» en las relaciones internacionales, en su versión maximalista («Estados Unidos continúa siendo la nación indispensable y mientras yo sea presidente continuará siéndolo», discurso sobre el estado de la Unión, 2012) para adoptar otra más matizada. Pero he aquí que dos decapitaciones de ciudadanos estadounidenses a cargo del EI dan un vuelco absoluto a la opinión pública y a Obama, quien decide —en mi

Sin tropas sobre el terreno será muy difícil derrotar a los bárbaros del Estado Islámico; y si llega a haberlas y se tienen bajas importantes, la opinión pública norteamericana puede volver a oponerse a la guerra, ¿qué hará entonces el Presidente?

opinión, ante el avance de los bárbaros no le quedaba más remedio— volver a las andadas, esto es, al uso de la fuerza, aunque apoyado por una coalición internacional con cuatro Estados árabes que participan en los bombardeos.

Un comentario final. Sin tropas sobre el terreno será muy difícil derrotar a los bárbaros. Y si llega a haberlas y hay bajas importantes, la opinión pública norteamericana puede volver a oponerse a la guerra. ¿Qué hará entonces el presidente? **TEMAS**

Las consecuencias políticas del referéndum de Escocia

Enric Martínez-Herrera
Profesor de Ciencias Políticas.
Universidad Pompeu Fabra.
Thomas Jeffrey Miley
Profesor de Sociología Política.
Universidad de Cambridge.

El 18 de septiembre tuvo lugar el plebiscito sobre la independencia de Escocia. Este referéndum ha destacado por niveles de participación ciudadana inéditos: un 85% del censo electoral, en el cual se había inscrito para la ocasión un 97% de la población escocesa. La campaña a favor de la secesión, que había transitado regularmente un 20% en las encuestas durante el año pasado, de repente emergió en agosto, ganando impulso en las semanas y días previos a la votación, y las encuestas publicadas el fin de semana antes del plebiscito auguraban una contienda muy igualada. Si bien el resultado final no fue tan favorable para la causa secesionista como las últimas encuestas de última hora habían llevado a muchos a esperar, es innegable que el rendimiento de la campaña sigue siendo impresionante.

Sin embargo, junto a la creciente ola de participación política, hay algunos indicios de que el proceso de movilización que rodea el referéndum ha contribuido a un grado considerable de polarización política —tanto entre los escoceses como entre Escocia e Inglaterra—. De hecho, según una encuesta publicada en *The Telegraph* apenas dos días antes del referéndum, el 49% de la población escocesa expresó la preocupación de que la campaña «ha causado profundas divisiones dentro de Escocia y ha dañado las relaciones entre Escocia y el resto del Reino Unido.» (<http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/scottish-independence/11100248/Scottish-independence-women-voters-could-save-the-Union.html>). Por añadidura, los enfrentamientos violentos entre partidarios pro y anti-independentistas que tuvieron lugar en el centro de Glasgow la noche tras el referéndum ciertamente no son un buen augurio. Entretanto, los sondeos en Inglaterra muestran un claro incremento en la sensación de agravio respecto a Escocia, con un 56% de los ingleses de acuerdo con que «el gasto público en Escocia se debe reducir a la media del Reino Unido», y un 63%

de acuerdo en que «en adelante se debe impedir a los parlamentarios escoceses que voten las leyes inglesas» (<http://www.independent.co.uk/news/uk/scottish-independence/scottish-independence-english-people-overwhelmingly-want-scotland-to-stay-in-the-uk-9679439.html>).

Por tanto, el referéndum en Escocia parece haber desencadenado una dinámica participativa y de polarización. Durante el proceso, las divisiones latentes en la sociedad escocesa se han hecho prominentes y exacerbadas. De un lado, la campaña del Sí fue particularmente exitosa en su capacidad para persuadir a las personas más jóvenes, así como a las de las zonas más pobres y desfavorecidas, a concurrir en apoyo de la secesión. Del otro, las bases sociales de apoyo a la Unión incluyen, de manera desproporcionada: aquellos que pertenecen a las cohortes generacionales más antiguas, los nacidos fuera de Escocia (especialmente los nacidos en el resto del Reino Unido) y las mujeres.

La brecha de género en la fortuna plebiscitaria de la causa secesionista plantea un interesante enigma sociológico. Cualesquiera que pueden ser las razones, el apoyo a la Unión resultó significativamente más robusto entre las mujeres escocesas que entre los hombres.

La brecha generacional revelada por el plebiscito también es digna de mención, enfrentando a los escoceses más veteranos con vivos recuerdos del Imperio (y del protagonismo escocés en su Administración) contra los jóvenes escoceses socializados en una era post-imperial.

La división de clase también merece ser subrayada. El contraste entre los resultados de la «pija» Edimburgo, donde los partidarios de la Unión superaron a los partidarios de la secesión por un amplio margen de 61% a 39%, por una parte, y la «dura» Glasgow, donde los partidarios de la Unión eran superados por los partidarios de la secesión con 46,5% a 53,5%, por otra, es muy ilustrativo. La campaña por el Sí logró también

galvanizar la simpatía de sectores de la sociedad escocesa ajenos a su núcleo electoral etno-nacionalista, penetrando en los bastiones tradicionales del Partido Laborista que hasta el momento habían permanecido escépticos frente a la causa nacionalista.

El referéndum de Escocia desencadenó una dinámica de participación política, pero también profundas divisiones dentro de Escocia, dañando las relaciones con el resto de Reino Unido.

Una protesta en contra de tres décadas y media de la hegemonía neoliberal, sin duda. El asalto thatcherita al Estado del Bienestar y al compromiso interclasista socialdemócrata keynesiano característico del período de post-guerra nunca persuadió al electorado escocés, de manera que la suerte del partido Tory fuera de la "pequeña Inglaterra" siempre se ha mantenido lánguida desde el periodo de la Dama de Hierro. Mientras tanto, el legado de los Gobiernos del Nuevo Laborismo de Blair y Brown y su tan mentada "Tercera Vía" en muchos sectores no es visto sino como "la sombra del thatcherismo" —en otras palabras, como una capitulación y una traición a la clase obrera británica—. Síntomas de desencanto con el *statu quo* neoliberal, combinado con la desilusión y la distancia respecto a una alternativa laborista desacreditada, ampliamente percibidos como bailando al son del tambor Tory, que han contribuido a deserciones significativas entre la clase obrera escocesa hacia el campo secesionista.

La implicación de última hora en la campaña *Better Together* (Mejor juntos) en favor de la Unión del exprimer ministro Gordon Brown, también escocés, probablemente alivió la tasa de deserciones entre quienes siguen fieles a los dictados laboristas, pero no podía contener la creciente ola de sentimiento secesionista entre los pobres y marginados en su conjunto. Es revelador que la confianza en el actual dirigente del Partido Laborista, Ed Miliband, entre el público escocés se tambalea sobre un mero 17%, de hecho, incluso por debajo del débil de 19% de confianza en el primer ministro "tory" David Cameron (<http://www.yesscotland.net/news/poll-shows-voters-trust-yes-leaders-far-more-no-politicians-deliver-scotland>). El rendimiento impresionante de la campaña por el Sí sólo puede entenderse en el contexto del clima de desilusión generalizada en la región con los dos principales partidos del Reino Unido. Ante este clima de escepticismo

hacia los representantes políticos de las principales fuerzas unionistas, el papel decisivo para asegurar la derrota de la causa secesionista no provino tanto de los dirigentes políticos, sino más bien de los esfuerzos concertados de las grandes empresas y los medios de comunicación, los cuales hicieron oír su voz de manera enérgica y casi unánime a favor de la Unión.

Casi por igual, Cameron y Salmond vendieron el referéndum a la opinión pública británica más amplia como un medio de resolver la cuestión de la secesión, si no de una vez por todas, como mínimo para "una generación".

Está por ver si éste será el caso, aunque las declaraciones desafiantes en sentido contrario que abundan en los medios de comunicación social, los cuales emanan de un movimiento nacionalista escocés envalentonado a raíz de los resultados del referéndum y de la posterior dimisión de Salmond, sugieren que no. En todo caso, lo que ya es seguro es que el referéndum ha desencadenado una crisis constitucional en el Reino Unido en su conjunto.

Una crisis constitucional muy peculiar, a decir verdad, dado el hecho de que el Reino Unido carece de Constitución o, para ser exactos, de una Constitución escrita. Para empezar, la flexibilidad proporcionada por la ausencia de directrices y constricciones constitucionales escritas es lo que permitió a Cameron responder al desafío de Salmond con la apuesta del referéndum. Es también lo que le permitió improvisar durante los últimos días de la campaña y ofertar la promesa relativamente creíble al electorado escocés de que se concedería

La transición hacia una fórmula federal que incluya algún tipo de autogobierno para Inglaterra amenaza con hacer cada vez más relevante el nacionalismo inglés.

a Escocia un mayor grado de descentralización, con el fin de atraer a los votantes indecisos a votar NO.

Acaso lo más consecuente sea que esta misma flexibilidad constitucional permitió a Cameron anunciar unilateralmente en la mañana del resultado que una mayor descentralización hacia Escocia necesariamente irá acompañada de descentralización también para Inglaterra. La "revolución constitucional" así anunciada por Cameron fue inmediatamente identificada como un intento de apaciguar a los diputados descontentos de su propio



Partido Conservador. Con independencia de la forma institucional que la descentralización para Inglaterra pueda tomar, es muy plausible que estos movimientos refuercen la hegemonía conservadora, tanto en términos partidistas como ideológicos. Dicho llanamente, dado el panorama electoral de las últimas décadas, con la ausencia de la izquierda Escocia, es fácil predecir que será mucho más difícil construir mayorías de gobierno de izquierda en el ámbito de una "pequeña Inglaterra" sola. Esto a su vez significa que, una vez que la jurisdicción sobre la sanidad, la educación y un conjunto de otros servicios de bienestar hayan sido descentralizados, resultará mucho más fácil a los conservadores avanzar en su programa neoliberal de privatización y desmantelamiento de dichos servicios para el 90% de la población de la Unión que vive en la "pequeña Inglaterra".

El referéndum también está destinado a tener consecuencias colaterales significativas en los restantes territorios constituyentes del Reino Unido. Huelga decir que el movimiento nacionalista galés muy bien podría fortalecerse por contagio, y sin duda observa con gran entusiasmo el horizonte de una mayor descentralización. Entretanto, en Irlanda del Norte, el tenso compromiso consociativo forjado e institucionalizado en los Acuerdos de Viernes Santo entre unionistas y republicanos amenaza con deshacerse. Los políticos de ambos bandos han permanecido en silencio durante el proceso, si bien como signo de mal agüero miembros de la Orden del Ulster desfilaron para celebrar la victoria unionista en Escocia.

Así pues, la dialéctica de movilización y contra-movilización nacionalista a la cual ha contribuido la

dinámica en torno al referéndum escocés no puede aislarse de los desarrollos más amplios en las islas. De manera extremadamente preocupante, la inminente transición hacia una fórmula federal que incluya algún tipo de autogobierno para Inglaterra amenaza con hacer cada vez más relevante la bestia del nacionalismo inglés. Es especialmente relevante, en este sentido, el surgimiento de la nueva derecha populista del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), la fuerza más votada en las últimas elecciones europeas, cuyo nacionalismo xenófobo Inglés-unionista tiene todos los visos de reforzarse con la "revolución constitucional" ahora desatada. Una "revolución" que promete ceñir la agenda política al marco de las políticas de pertenencia; dividir y enfrentar a los trabajadores de la isla unos contra otros al realzar cada vez más las cosas de la identidad nacional; y distraer al mismo tiempo a los trabajadores, sirviendo como una eficaz cortina de humo que dificulta su capacidad para identificar correctamente a los verdaderos culpables de las relaciones sociales antidemocráticas impuestas sobre la mayoría de ellos.

Tampoco debe olvidarse que Cameron ha prometido un nuevo referéndum sobre la secesión en caso de ser reelegido, es este caso, sobre la secesión del Reino Unido de la UE. Cameron apuesta de nuevo a que una causa secesionista será derrotada mediante referéndum. Más esta vez su apuesta es aun más arriesgada, especialmente a tenor de un escenario constitucional que, casi con seguridad, va a exacerbar el reaccionario sentimiento nacionalista inglés. **TEMAS**